



UNIVERSIDAD
DE BURGOS

***Fiesta de la Universidad de Burgos. Día del Doctor.
4 de marzo de 2022***

Dr. Mario Juez Gil

En representación de los nuevos doctores en el año 2021

Rector Magnífico de la Universidad de Burgos,
Padrino Dr. Don José María de la Cuesta,
Autoridades aquí presentes,
Doctores,
Profesores, estudiantes y compañeros de la Universidad de Burgos,
Familiares,
Amigos.

Buenos días a todos.

Quiero empezar esta intervención felicitando y dando mi más sincera enhorabuena a todos mis compañeros por la consecución del máximo grado académico, el título de Doctor. Hoy es, sin lugar a duda, un día muy especial y enormemente feliz, tanto para nosotros como para los nuestros. Para mí, la tesis doctoral es uno de los mayores proyectos personales que podemos emprender, y este acto no es otra cosa que la culminación a todo el trabajo, cariño y pasión que hemos puesto en ese proyecto a lo largo de varios años.

Nos encontramos hoy aquí porque en 2021 completamos un total de 55 tesis doctorales en diversas ramas de conocimiento, concretamente: Arte y Humanidades, Ciencias, Ciencias Sociales y Jurídicas, Ciencias de la Salud, e Ingeniería y Arquitectura. Desde mi humilde punto de vista, este es un claro indicativo de la enorme cantidad de talento presente en la Universidad de Burgos, cultivado gracias al esfuerzo y dedicación por parte de diferentes organismos como la Escuela de Doctorado, la Unidad de Investigación, la Unidad de Cultura Científica o los propios grupos de investigación. Así como por parte de todos los coordinadores de los diferentes programas de doctorado. Pese a la diversidad de temáticas, el grado de Doctor que compartimos significa que, para el desarrollo de nuestras tesis, todos nosotros hemos aplicado el método científico con el máximo rigor posible, siempre con el objetivo último del avance científico y la contribución a la sociedad.

No cabe duda de que, aunque los máximos artífices de un logro como este hemos sido nosotros, la guía y orientación de nuestros directores siempre ha sido imprescindible. En mi primera contribución a congreso que tuvo lugar durante el primer año de doctorado, ilustré el progreso de mi tesis con una imagen de un niño en una bici con ruedines. Y es que por aquel entonces no había mucho que reportar... estaba dando mis primeras pedaladas en esto de la ciencia. A mis directores, que el día de la lectura me preguntaban



entre risas que dónde estaba la diapositiva del niño en la bici, les diré que no la puse porque ellos me habían quitado los ruedines y me sujetaron para que no cayese, y, por si fuera poco, me repararon la bici y me enseñaron a repararla cuando esta se rompía. Gracias a nuestros directores, cada uno de los 55 niños que hace unos años emprendimos nuestro doctorado en una bici con ruedines, hoy somos doctores.

Fuera del ámbito académico, quiero hacer una mención especial al apoyo, cariño y confianza que hemos recibido por parte de nuestras familias, amigos y otras personas muy importantes, como en mi caso, mi entrenador de atletismo. Entiendo que nuestra tesis para vosotros ha podido resultar algo opaco y difícil de entender. Algo que en ciertos momentos nos hacía sonreír, pero que nos consumía en otros. Sé que vernos tristes y exhaustos ha sido demoledor, pero vuestra solución siempre ha sido la más universal y eficaz que existe: el amor. De todo corazón, gracias por permanecer siempre a nuestro lado.

En mi caso, esta etapa predoctoral ha sido la etapa de mayor crecimiento de mi vida, tanto a nivel intelectual como a nivel personal. Este proceso me ha llevado a cuestionar cientos de aspectos relacionados con la temática de la tesis, pero también me ha obligado a trabajar en aspectos esenciales como mi salud mental. Creo que la capacidad crítica que “desbloqueamos” mientras desarrollamos nuestra tesis, nos exige entender tanto el contexto social en el que vivimos, como el modo en que nos afecta, pues en caso contrario no podríamos trabajar en aquello que pueda tener un impacto positivo y un valor para la sociedad. Durante estos años, me he dado cuenta de que casi todo cuanto nos rodea se cuantifica y está sujeto a evaluación. Desde una naranja, pasando por nuestras relaciones, hasta la ciencia que hacemos. La calidad de la naranja viene determinada por su precio, medimos en “likes” el cariño de nuestros amigos, y la cantidad de citas define lo buenos científicos que somos. Sin embargo, a lo largo de esta etapa he podido llegar a la conclusión de que esta clase de aspectos no se pueden cuantificar, y al hacerlo, además de obtener una imagen distorsionada de la realidad, tendemos a sentirnos más inseguros e insatisfechos. Desde mi experiencia, escribir una tesis en este contexto se puede convertir en el escenario ideal para que aparezcan en nuestro interior, demonios como el estrés, la ansiedad o incluso la depresión, pues una tesis tiene que estar compuesta un número determinado de artículos, publicados en revistas con el mayor factor de impacto posible, y, cuando esto no llega o lo vemos lejos, nuestra tesis pasa de ser un conjunto de ideas creativas que nos motiva explorar, a un producto que no está a la altura de los estándares, y ese sentimiento, es algo que la ciencia no se puede permitir. La ciencia necesita que quienes la construimos seamos creativos y confiemos en nuestras ideas, aun a riesgo de que en ciertas ocasiones los resultados no sean los esperados.

Afortunadamente, y con mucha ayuda, en el momento más complicado de mi doctorado pude comprender lo bonita que es la ciencia en realidad y lo mucho que merece la pena apostar por ella. Siempre he tenido especial admiración por la capacidad creativa de artistas como músicos o pintores, así como por la huella que dejan con su obra. Algo que me encanta de la ciencia, es que nosotros como científicos, en cierto modo somos artistas. La tesis y las publicaciones son nuestra obra, y, aunque ahora mismo lo veo con cierta



naturalidad, nuestra huella ha quedado grabada para siempre en la historia de la ciencia, y eso es algo extraordinario.

Otro aspecto que hace de la ciencia algo precioso y muy gratificante, es su impacto social. El conocimiento científico es uno de los pilares fundamentales de la sociedad que estamos construyendo, y creo que es indiscutible la cantidad de efectos positivos que la ciencia tiene sobre nuestra calidad de vida. Quizá aquellos efectos directamente relacionados con nuestra salud sean los más evidentes, pero el avance científico también influye en nuestra forma de comunicarnos, de hacer deporte, de interactuar con el medio ambiente o de obtener nuevas formas de energía entre otros muchos ejemplos. Creo ver cómo la vida de quienes nos rodean mejora gracias a nuestro trabajo, es una de las sensaciones más reconfortantes que conozco.

El último aspecto maravilloso de la ciencia que quiero destacar es que me ha dado la oportunidad de conocer personas fantásticas con unos valores increíbles. Compartir espacios y aprender de ellas ha sido, y sigue siendo, un lujo extraordinario.

Para terminar, y aunque contrasta mucho con el tono de este discurso, me veo obligado a añadir que estoy en profundo desacuerdo con el uso de la ciencia para fines bélicos. A mi modo de ver, el uso de cualquier tipo de violencia solo viene justificado por la propia violencia en sí, y es por ello por lo que nunca podrá ser parte de la solución, pues es la única causa del problema. Creo que el avance científico no debe, en ninguna circunstancia, incluir tipo alguno de investigación relacionada con esta materia, porque en el camino hacia la paz, nosotros, los investigadores, también podemos jugar un papel importante si ponemos especial énfasis en conservar los valores éticos que la ciencia merece.

Tras esta última reflexión, me gustaría cerrar el discurso pidiéndoos lo siguiente: Apostad por vosotros y por los vuestros, por vuestras ideas y por vuestra salud. Apostad por la ciencia.

De nuevo, felicidades a todos.